

## 1805. Trafalgar

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

La connotación de 1805 implica de inmediato —para quienes reducen la Historia a mera efemérides o simple narración, o para aquellos que piensan en la narración como modo inevitable de conocer la realidad— una llamada de atención conspicua a un instante del discurso histórico, para cargar sobre él toda la erudición encontrada en los archivos y conseguir, en consecuencia, acumular muchos datos y detalles sobre el tema que se trate. Así ocurre respecto al año 1805 y la batalla de Trafalgar, pues con motivo del segundo centenario de la ocurrencia de tal acontecimiento se han multiplicado los libros, ensayos, artículos de revista, congresos, conmemoraciones. Vuelve a plantearse, con todo lujo de detalles, lo que ya se sabía, añadiendo algún dato nuevo encontrado en un archivo inexplorado.

Es evidente que no se trata de eso. Como decía Ortega y Gasset, la Historia es muy difícil, sobre todo, si no se estudia y analiza en función de su extrema complejidad. Lo que hay que investigar en la historia es aquello que está más cerca de lo intimativo del hombre —sujeto y objeto de la Historia— que son los significados, puesto que la persona, sujeto de la historia es, como afirma Zubiri «inteligencia sentiente», que se expresa en *situaciones* —el modo como el hombre está instalado en el tiempo en relación con su experiencia— temporalmente en *generaciones* —tiempo medio de la historia; mecanismo de transmisión de ideas de una a otra; adaptación entre tradición e innovación y, en conclusión, mecanismo de cambio, factor básico de la historicidad, en planteamientos espirituales e intelectuales— por último, *mentalidades* —reacciones psíquicas colectivas promotoras de las ideas políticas, sociales, religiosas, económicas, siempre que estén dirigidas y encauzadas por un ideal existencial, creador e impulsor de relaciones promotoras del mundo real.

Hoy en día, la Historia —la Ciencia de la Historia, o si se quiere, la Historia-conocimiento— tiene que ser analítica para alcanzar su misión fundamental que es comprender al hombre en su realidad vital, social e ideal. Como dejó indica-

do March Bloch: «la Historia es una empresa razonada de análisis; quien no lo entienda así no pasará de ser, en el mejor de los casos, un obrero de la erudición manual». Precisamente ahí se encuentra la frontera del historiador, entre la concepción racional de la realidad y la simple transcripción de los hechos tal como aparecen en los documentos, considerados hechos positivos, o verdad absoluta. En rigor, el oficio de historiador debe tomar en cuenta, desde luego, los datos positivos, pero debe considerar muy seriamente el análisis de cuantos factores y elementos entran en relación pues, como afirma el profesor de la Universidad de Roma, Catalano, «en la historia todo es relación». Cualquier dato por mínimo que parezca, constituye una estructura de funciones políticas, culturales, espirituales, económicas y sociales, guiados por el pensamiento racional donde nacieron, sin que exista, necesaria e incontestablemente preeminencia de cualquiera de ellas sobre las otras, aunque sí puede primar alguna de ellas sobre cualquiera de las otras.

El libro que comentamos\* nos pone en presencia activa de un gran historiador, marino profesional, personalidad eminente y esclarecido en la escala social y en la profesional, miembro de Número de la Real Academia de Historia, investigador que ha sabido mantener el difícilísimo equilibrio entre la erudición, la técnica profesional y el oficio de historiador, de fina sensibilidad, en armonía con una calidad analítica, de modo que el resultado constituye un más allá de la historicidad empírica para llegar a una verdadera metafísica del tiempo histórico, lo que conduce al descubrimiento de relaciones explicativas de la realidad y con sus diversos contenidos hasta conseguir originar nuevas vertientes de lo histórico, diversidad riquísima de nuevas realidades, aunque todas ellas queden referidas al tema central que, en el caso que nos ocupa, se trata de la Marina de tres naciones —España, Inglaterra, Francia— que pugnan por el dominio del mar.

La impresionante obra de Hugo O'Donnell debe ser puesta en relación explicativa con la del gran historiador Fernand Braudel (*Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup>*, Paris, Armand Colin, 1979), donde se analiza la historia del Atlántico desde el siglo XV al XVIII, es decir, en el plazo histórico largo y el gran espacio, como un conjunto, cuyos componentes están relacionados entre sí, desde la cotidianeidad hasta las ideas, los intercambios, las

---

\* Hugo O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA: *La campaña de Trafalgar. Tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805)*, Madrid, La Esfera de los libros, S. L., 2005.

magnitudes del número y las mentalidades, que en esa gran dimensión doble del tiempo y el espacio, han generado, desde la relación del mercado, la relación del intercambio económico y los *schaton* de la temporalidad, una historia viva, de enorme intensidad, de fuertes choques, en los que no sólo interviene el comercio, sino también la política internacional de los Estados, así, como, desde luego, las instancias estratégicas que pueden conducir a la culminación del dominio naval.

Los elementos integrantes de la historia son tres grandes troncos de contenido muy complejo, portadores de funciones radicales, fundamentos de la realidad y de profunda problematicidad: los hombres, el tiempo, el espacio. Es, justamente, lo que ha valorado en su citada obra el maestro Braudel. Es, también, el fundamento esencial del análisis histórico construido por O'Donnell en su decisivo libro, cuyo título constituye todo un enunciado histórico. 1805 Trafalgar es un punto de emplazamiento referencial, meramente matemático de medida y colocación. Sobre él confluye una campaña naval de tres naciones que, a su vez, constituye el asiento de una larga pugna por el dominio del Océano Atlántico, como una conjunción de tres términos —guerra naval, comercio, diplomacia— según estudió, en su día, la doctora María Pilar Ruigómez García, en relación con el problema del siglo XVIII, en su luminoso libro *El gobierno del despotismo ilustrado ante la independencia de los Estados Unidos de América. Una nueva estructura de la política internacional* (Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1978).

La rivalidad por el dominio de las rutas atlánticas debe resolverse, lógicamente, mediante una pugna de fuerzas navales. Ello exige, desde el punto de vista historiológico, el establecimiento de unos límites. Porque la misma naturaleza, la complejidad de los componentes de la realidad histórica, la dialéctica de relación, la acción del hombre en el tiempo, se caracteriza por su alto dinamismo entre finitud e infinitud. El hombre, protagonista de la historia es un ser finito en su dimensión vital. Finito es lo que acaba, lo que tiene término, tanto en el orden del ser, cuanto en la duración temporal. En la historia, sin embargo, se cumple la condición constructiva que tiende al infinito. Ciertamente, la historia es sucesión, continuidad; ínsita en un horizonte permanente de crecimiento y desarrollo de posibilidades, aunque permanentemente abierto a una amplia serie de contingencias capaces de producir lo más trágico en la historia que es el anacronismo, la pervivencia de los mitologemas, la ucronía o la utopía, lo cual exige la explicación del cambio, la superación del hecho erróneamente considerado, todavía, factor básico de la historia.

Ningún hecho, por importante que sea, puede originar un cambio histórico, que sólo puede ocurrir en ese mecanismo de discontinuidad originado en la dialéctica generacional y el choque tradición/innovación y, por consiguiente, en un *proceso temporal*. Pues bien, ésta es una de los muchos y grandes valores del libro de Hugo O'Donnell: el establecimiento de límites-ósmosis generacionales, pues su análisis no es de *hechos*, sino de *proceso*, en tiempo largo estructural que arranca, en el caso de las dos naciones en pugna efectiva —España e Inglaterra, pues Francia siempre tuvo un papel vicario— desde el siglo XVI, en los reinados, cronológicamente paralelos, de Felipe II y Elizabeth Tudor, hasta el siglo XIX.

Quiero, por último, destacar, otro aspecto altamente novedoso de este esencial libro de historia naval y estrategia marítima. En él se lleva a cabo un importante análisis de técnica naval en la doble vertiente de los buques españoles e ingleses: conceptos de defensa, mando, oficialidad, dotaciones, vida a bordo, tipos de buques, armamento, táctica, estrategia de largo plazo. El libro, interesantísimo en todos sus detalles, está escrito, además, en una excelente prosa historiográfica, reflexiva y de gran brillantez, de modo que su lectura es altamente formativa. Dice Lucien Febvre, «no hay Historia; hay historiadores» y considero que en este libro Hugo O'Donnell adquiere la doble, difícilísima condición, de clásico y contemporáneo; figura cimera de la tradición historiográfica española, dentro de los rasgos profundos del Humanismo, de tanto contraste con la base intelectual utilitaria de los británicos tan grandes marinos como los españoles. Es de agradecer a este gran historiador que es el académico Hugo O'Donnell, ejemplo de sabiduría y caballerosidad, la investigación de tantos años, convertida en una verdadera obra de arte, pese a la profundidad científica de sus capítulos en los que se reviven los valores del pasado marítimo de dos grandes naciones europeas en sus destinos oceánicos.